

plan en que tanto había pensado Pedro, podía, según él, haberse llevado muy fácilmente á cabo en Peterhof, á causa del completo aislamiento del pabellón de Marly, donde habitaba la emperatriz, y Pedro aseguraba que solo á su magnanimidad debía agradecerse que no se hubiese aprovechado de aquella ventaja (1).

En muchas narraciones de contemporáneos se encuentra la observación de que Isabel había pensado, en los últimos tiempos de su vida, en desposeer á su sobrino de los derechos de sucesión al trono y en dejar la corona al ex-emperador Ivan, que se encontraba preso en Schusselburgo, ó al gran duque Pablo, añadiéndose que la emperatriz tenía gran miedo de que su sobrino la envenenara. Créase también que, una vez sentado en el trono, Pedro declararía bastardo á Pablo y se casaría con Isabel Woronzoff (2). El pequeño gran duque, que solo contaba siete años, se enteró tanto más de estos rumores, cuanto que á menudo le espantaban diciéndole que su padre quería asesinarle. Desde entonces Pablo padecía de ataques epilépticos (3). El embajador austriaco, conde Mercy Argenteau, en un despacho de 11 de octubre de 1761, es decir, pocas semanas antes de la muerte de la emperatriz, hablaba de la ternura con que Isabel trataba á Pablo públicamente en el teatro, y del cuidado con que atendía á su educación. Esto molestaba en gran manera al gran duque Pedro, á pesar de que aparentaba por ello gran indiferencia: no sabía, dice Mercy, lo que era capaz de decidir la emperatriz en la cuestión de la sucesión al trono (4).

De su propio puño y letra escribe Catalina la siguiente relación acerca de un hecho que ocurrió á fines de 1760 ó á principios de 1761: «No puede decirse qué era lo que pensaba la difunta emperatriz acerca de la sucesión al trono, pues era incapaz de tomar una resolución en este punto. Lo cierto es que no amaba á Pedro, que le consideraba inepto para gobernar, que sabía la antipatía que profesaba á los rusos, y que miraba con terror los acontecimientos. El favorito Ivan Schuwaloff, que sabía cuán odiado era Pedro y pensaba en una variación en el orden de sucesión al trono, se dirigió á J. N. Panin y le participó que algunos deseaban desterrar á Pedro y á su esposa, elevar al trono á Pablo y nombrar un consejo de regencia, al paso que otros solo querían ver alejado de Rusia al padre de Pablo solamente. Por consiguiente todos estaban de acuerdo en que de Pedro solo podían esperarse desgracias para Rusia. Panin contestó

que tales medidas solo podrían producir una guerra civil y que aquello que por espacio de veinte años había sido santificado por el juramento y por las promesas formales no podría ser alterado más que apelando á los medios violentos. En seguida me enteró Panin de esta conversación y me participó al propio tiempo que se había hecho observar á la emperatriz que debía desterrar solo al padre, conservando á la madre y al hijo en Rusia, y que era probable que la emperatriz se inclinase á esta solución. Pero, á Dios gracias, los favoritos no se decidieron á llevarla á cabo, antes al contrario procuraron por todos los medios, captarse el favor de Pedro III, lo cual consiguieron en parte. Este no supo siquiera que tal tempestad le amenazara; y como no sabía callar, se guardaron de hablarle de ello aun aquellos mismos que le habían prevenido, pues de hacerlo se exponían á ser infaliblemente víctimas de su indiscreción que podía ofrecer ciertos peligros después de los placeres de la mesa (5).»

La situación de Catalina, en el momento en que se previó la muerte de Isabel, era muy comprometida y propia para dar qué pensar en un hecho desesperado que la salvara. Este aconteció efectivamente, motivándole la princesa Daschkaw, dama que se distinguía por su talento y su educación y que estaba enérgicamente decidida á intentarlo todo para procurar el triunfo y el primer puesto de la nación á Catalina, á quien estaba reservado un funesto porvenir si Pedro llegaba á ocupar el trono.

Pocos días antes de la muerte de la emperatriz, en la noche del 20 de diciembre de 1761, se presentó la princesa Daschkaw en el cuarto dormitorio de Catalina y le manifestó que su situación estaba rodeada de peligros y que algo debía hacer para evitarlos. Catalina dijo á su amiga que nada quería hacer y que se abandonaba á su suerte. A la observación que la Daschkaw le hizo de que en este caso obrarían solos los amigos de la gran duquesa, contestó esta que no podía consentir en que nadie se expusiera por su causa. Las dos mujeres estaban muy exaltadas (6): Catalina contaba entonces treinta y cuatro años y la princesa diez y ocho. No sin razón Catalina, conociendo la inexperiencia y el fanatismo de la princesa, la amonestaba para que no cometiera una imprudencia, pues no era aun tiempo de dar un golpe de Estado. Pocos meses después aconteció el hecho salvador, pues Pedro, que sin obstáculo alguno subió al trono en 25 de diciembre de 1761, allanó, con su inepticia, el camino que debía conducir al trono á su esposa.

CAPÍTULO IV

REINADO DE PEDRO III

Triste situación de Catalina.—Brutalidad de Pedro III.—Conducta lamentable de Pedro.—Indignación general contra él.—Descontento público.—Cuidados de Federico II.—Inminencia de la crisis.—Pormenores de la catástrofe

Dícese que la emperatriz Isabel, en la tarde que precedió á su muerte, tuvo una conversación con su sobrino. Mercy

(1) «Pero que había sido demasiado bueno para aprovecharse de ella.» Relación de Brühl de 1 (12) de mayo de 1762: en la obra de Herrmann, V, 277.

(2) De la Marche: *Nuevas memorias*, etc., Berlín y Dresde, 1765, págs. 3 y 6. *Historia notable de Pedro III*, págs. 16. Castera, I, 50, 80-84, 88-89.

(3) Blum, *Un hombre de Estado ruso*, IV, 272.

(4) Schäfer, *Los últimos días de la emperatriz Isabel*, en la Revista histórica, XXXVI, 431.

Argenteau refiere que el gran duque prometió que ningún daño se haría á los condes Alejo Rasumowsky é Ivan Schuwaloff, lo cual prueba que en el momento en que iba á ocurrir el cambio en el trono, la emperatriz solo atendía á asuntos puramente personales, sin que se cuidara en modo alguno, según dice Mercy, de las cuestiones de verdadera importancia (7). El embajador francés, Breteuil, dice que la empera-

(5) *Archivo ruso*, 1863, págs. 383-384.

(6) *Memorias de la princesa Daschkaw*, Londres, 1840, I, 33-35.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVIII, 27.

triz moribunda hizo jurar á su sobrino que viviría en buena armonía con su esposa, recomendando especialmente á la benevolencia de su sucesor al gran duque Pablo (1).

En el momento de morir la emperatriz, Pedro y Catalina se encontraban en el cuarto de la moribunda; poco después el senador más antiguo, el príncipe Trubezkoj, salió de la cámara mortuoria y proclamó el entronizamiento de Pedro (2).

No se ocultó á los contemporáneos el hecho de que Catalina asistió á los funerales, que en los siguientes días se celebraron, mostrando un piadoso recogimiento. El modo que tuvo de cumplir sus deberes religiosos fué una verdadera manifestación, notándose con disgusto el contraste que con aquel recogimiento formaba la indiferencia mostrada por el emperador, el cual, durante las ceremonias tuvo una actitud sumamente frívola (3). Un testigo ocular describe la grandeza de alma, el valor y el dominio de sí misma que mostró Catalina vistiendo el cadáver de Isabel (4).

En el manifiesto que se publicó el mismo día del advenimiento de Pedro al trono, no se dice una palabra de la emperatriz Catalina ni del gran duque Pablo. Pedro hubiera querido de buena gana que Catalina no hubiese sido emperatriz (5); en cambio eran muchos los que la rodeaban de atenciones. Federico el Grande aconsejó que el embajador inglés expresara, en las más amistosas formas, los sentimientos de amistad de Federico, añadiéndole que este estaba convencido de que Catalina haría todo lo posible para poner fin cuanto antes á la desastrosa guerra (6). Conservábase una carta que, en aquellos días, escribió Catalina á Federico, en la cual daba al rey las gracias por los buenos deseos que con motivo de la coronación de su esposo le manifestaba (7). Dícese que el rey aconsejó á Pedro, su amigo y aliado, que tratara bien á su esposa; pronto, sin embargo, se vio que aquel consejo no era seguido.

Acerca de las relaciones personales entre Catalina y Pedro, durante los primeros tiempos del reinado de este, no poseemos noticias que merezcan verdadera confianza. Un testigo poco fidedigno, Stählin, dice que la emperatriz, que habitaba en una parte especial del palacio, se presentaba cada mañana en el despacho de su esposo; pero que en cambio no comía con él al mediodía. En el dietario de Stählin se encuentra también la noticia de que el emperador, durante la semana de Pascua, se había instalado en el palacio de invierno, donde se habían señalado como habitaciones de la emperatriz las que á un extremo del edificio se encontraban, mientras la querida de Pedro, Isabel Woronzoff, ocupaba las más inmediatas al cuarto de su real amante (8).

En los círculos diplomáticos se observaba atentamente la situación y la conducta de la emperatriz. Breteuil escribía, en enero de 1762: «El día de nuestra felicitación vi á la emperatriz muy abatida. Hasta ahora es evidente que en nada se ocupa y que procura armarse de filosofía; pero su

(1) *La Corte de Rusia*, págs. 178.

(2) Ssolowieff, XXIV, 418. Chappe d'Auroche decía más adelante que Catalina se arrojó en aquel momento á los pies de su esposo y le había prometido su sumisión «como la primera esclava del Reino», detalle que llena de indignación refutó aquella en el *Antídoto*, véase el *Siglo diez y ocho*, IV, 312.

(3) *Memorias de la princesa Daschkaw*, I, 40-41.

(4) *Memorias del joyero Panzié* que la ayudó en esa tarea, *Ruskaja Starina*, I, 203.

(5) *Ruskaja Starina*, XI, 480. El manuscrito está impreso en la Colección legislativa completa, número 11,390.

(6) Raumer, II, 497.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 150.

(8) *Documentos de la Sociedad moscovita de historia y antigüedades*, Moscú, 1866. Misceláneas, págs. 96 y 104.

carácter no es á propósito para esto, por más que ella me haya asegurado repetidas veces lo contrario. El emperador redobla sus atenciones para con la princesa Woronzoff y la ha nombrado gran maestra de las jóvenes nobles; la princesa vive en la corte y se ve objeto de toda clase de distinciones. Preciso es convenir que tiene muchos atractivos.» Mas adelante dice el mismo Breteuil: «La emperatriz se encuentra en una situación muy triste y es tratada sin consideración alguna; no puede soportar la conducta del emperador hacia ella y la arrogancia de la señorita Woronzoff, y no me explicaría, dados su valor y energía, que más tarde ó más temprano no estallase su indignación, pues tiene amigos que, á una simple indicación suya, lo intentarían todo por ella.» En otro paraje añade: «La emperatriz se conquista cada día mayores simpatías: nadie se ha mostrado más celoso que ella en prestar los últimos deberes á la difunta emperatriz. Con sorprendente escrupulosidad sigue observando las fiestas, el lujo, los banquetes y demás diversiones á que se entrega el emperador, á pesar de no ser cosas indiferentes en Rusia. En una palabra, Catalina no descuida nada para hacerse querer y atiende á todo cuanto puede servirle para este objeto, quizás demasiado para que en ello no tenga alguna parte el egoísmo. No es tampoco mujer que olvide la amenaza que la dirigió el emperador cuando no era más que gran duque, de oprimirla y encarcelarla como hizo Pedro I con su primera mujer. Todo esto unido á las humillaciones que sufre diariamente ha de ir fermentando en una cabeza como la de Catalina, faltando solo una ocasión para que la tempestad estalle.» Algunas semanas después, escribía Breteuil: «Asegúrase que la salud de la emperatriz, aniquilada por los disgustos, está tan quebrantada, que es de temer un desenlace fatal (9).» El antagonismo entre Pedro y Catalina se hacía cada día más evidente en todos conceptos. Breteuil escribe: «La emperatriz vale mucho por su alma y por su talento y es tan generalmente estimada como odiado y despreciado es el emperador;» y añade luego: «La emperatriz recibe de su esposo injurias personales, á las cuales solo contesta respetuosamente y con lágrimas en los ojos. El pueblo participa de su pena y no carece de buenos, pero impotentes deseos (10).»

El embajador inglés, Keith, que juzga más favorablemente que ningún otro contemporáneo la conducta y aptitudes de Pedro, dice lo siguiente, hablando de la situación de Catalina en aquella época: «No parece que hasta ahora se haya consultado para nada la opinión de la emperatriz, ni que esta goce de gran consideración.» Repetidas veces dice que Catalina no solía asistir á las fiestas de la corte. En 19 de mayo escribe: «La emperatriz tiene escasa influencia; todos saben ya que no solo su opinión de nada sirve en las cuestiones políticas, sino que no tiene influjo alguno, ni aun en los asuntos de poca importancia.» Mientras Pedro no daba participación alguna á su esposa en los asuntos públicos, escribía Federico el Grande á Keith: «Consultad con la emperatriz; ella será vuestra mejor consejera y os ruego que sigáis sus consejos (11).»

También observaba el conde Mercy que la emperatriz no ejercía influencia alguna, escribiendo en 1.º de febrero que Catalina vivía completamente aislada, y que su «tranquilidad» quizá era solo aparente, pues él tenía para sí que en el fondo

(9) Estos rumores tenían cierto fundamento, y circulaban cuando nació el conde Bobrinsky. En una carta que posteriormente escribió á este Catalina le decía que era muy peligrosa la situación en que se encontraba cuando él nació. S. Kobeko, *Vida de Pablo*, San Petersburgo, 1882, págs. 13.

(10) Raumer, III, 300-305. *La Corte de Rusia*, págs. 189.

(11) *La Corte de Rusia*, págs. 186, 187.

acariciaba «planes secretos.» Mas adelante opina que la «emperatriz solo con una sumision extraordinaria podria adquirir cierta influencia.» En marzo, lamentábase Mercy de que la emperatriz no gozara de crédito alguno cerca del emperador, y decia que Catalina le habia asegurado «que si tuviera la menor posibilidad de adquirirlo, lo utilizaria para el mantenimiento del antiguo sistema,» es decir, para

la conservacion de la alianza con Austria. El embajador, en una audiencia que le concedió la emperatriz, manifestó el sentimiento que le causaba no poder, en «aquellas tristes circunstancias,» prodigarle mas consuelos que las frases de costumbre. Mercy esperaba de ella un cambio de sistema, pero entre tanto observaba que Catalina, «para no tener que presenciar los desórdenes y la vida desarreglada que en la



ПЕТРЪ ТЕОДОРОВИЧЪ
Великий Князь Всероссийский.
Petrus Fredericus Imperator
Magnus Dux Russiarum.

Pedro III, emperador de Rusia. Copia reducida del grabado al agua fuerte de Juan Stenglin (1715-1770), sacado del cuadro original hecho por G. C. Grobth

corte reinaban» se encerraba en su cuarto y, en los dias de gran fiesta, pasaba el tiempo derramando amargas lágrimas (1).

Las Memorias del joyero Juveliers Panzié, publicadas hace pocos años, dan á conocer esos tristes sucesos. Cuenta, entre otras cosas, que cuando le fué dado hablar al empe-

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVIII, 33. 83, 120, 235, 323, 350.

rador para pedirle las cantidades á que ascendia el valor de los géneros que, como gran duque, habia comprado, hubo de hacerlo en las habitaciones de la condesa de Woronzoff, á quien Pedro visitaba con frecuencia. Una vez encontró el emperador al joyero en la escalera del palacio y le preguntó de dónde venia, y al contestarle que de ver á la emperatriz, la cual le habia hecho un encargo, díjole Pedro con mirada colérica que le prohibia volver á verla. Panzié refiere que los

amigos del emperador habian sembrado la discordia entre este y Catalina, induciéndoles á ello el temor de que la emperatriz se apoderase de las riendas del gobierno (1). Decíase, además, que el odio que el emperador sentia hácia su esposa era tal, que habia prohibido al jardinero de Peterhof que diera á la emperatriz las frutas que mas le gustaban (2). Entre las damas que rodeaban á Pedro, no faltaban tampoco señoras que trabajaban contra Catalina (3).

El conde Hordt, que vivió, hasta el entronizamiento de Pedro, en la capital rusa, y que recibió del emperador la libertad y se presentaba con frecuencia en la corte, refiere que encontrándose en compañía de la emperatriz y tomando parte en la animada é interesante conversacion que Catalina sostenia, recibió de Pedro una invitacion para un banquete que habia de celebrarse en casa de la condesa de Woronzoff. No creyendo posible el conde decir á la emperatriz el motivo que le obligaba á abandonar su compañía, resolvió permanecer á su lado y excusarse con el emperador y con su favorita; pero Pedro se presentó allí en persona y se lo llevó consigo. Hordt quedó encantado del buen tacto que mostró la emperatriz en aquella ocasion, pero observó que á duras penas pudo dominar el sentimiento que le causaban los tratamientos que en aquella época venia sufriendo (4).

En mayo de 1762 tuvo lugar en el palacio imperial un incidente que fué objeto de todas las conversaciones. En el banquete oficial que se dió para festejar el tratado de paz con Prusia, pronunció el emperador un brindis, despues del cual envió á su ayudante general Gudowitz á preguntar á la emperatriz por qué no se habia levantado de su asiento al oirlo. Catalina contestó que no lo habia creído necesario y entonces Gudowitz repuso que tenia el encargo de decirle de parte del emperador que era una «imbécil» (5). Pedro, creyendo que su ayudante habria dulcificado la expresion, la repitió delante de todos los comensales, de tal suerte que muchos de ellos se quedaron atónitos, no pudiendo comprender cómo el emperador insultaba de tal manera á la emperatriz. Catalina rompió á llorar, pero se repuso pronto y entabló un animado diálogo con el conde Stroganoff que estaba sentado á su lado (6). Este incidente produjo general indignacion y contribuyó poderosamente á aumentar las simpatías hácia Catalina y la impopularidad de Pedro (7).

Materia de una tradicion de familia fué el fin de fiesta que terminó este incidente. Dícese que Pedro, comprendiendo que habia ido demasiado lejos, envió al príncipe Golitzyn á solicitar el perdon de la emperatriz: el príncipe encontró á Catalina anegada en llanto y procuró en vano, durante mucho tiempo, consolarla. Catalina se negaba á perdonar á su esposo, diciendo que si entonces olvidaba y tenia consideraciones, al dia siguiente se repetiría la humillacion. Pero habiéndose por fin decidido á manifestar al emperador que le dispensaba, entró éste en la habitacion y doblando la rodilla besó la mano á su esposa (8). Dificil es decir hasta qué punto hay que dar crédito á esta anécdota;

pero en cambio, es indudable que Pedro insultó brutalmente y en una reunion pública á su esposa (9).

Bestusheff, como hemos visto, habia creído, durante el reinado de Isabel, que Pedro y Catalina podrian gobernar juntos, esperando que la emperatriz tomara una parte muy activa en los negocios públicos. Pero sus esperanzas habian sido defraudadas: Catalina no era nada y se veia objeto de las mayores humillaciones. Tal estado de cosas no podia durar: era inminente una lucha decisiva, y Pedro habia hecho todo lo posible para que en ella saliese vencedora su esposa.

Catalina observa en sus Memorias que ya antes del advenimiento de Pedro al trono habia resuelto interesar de tal manera al pueblo en su favor que, en caso necesario, pudiese este ver en ella la salvadora del Estado; y en efecto en su dietario podemos ver que gozaba ante la opinion pública de tantas simpatías, como antipatías se habia conquistado Pedro (10).

El descontento que la conducta del emperador producía llegó pronto á su colmo.

Catalina, despues del entronizamiento de Pedro, encontró entre los papeles de este una carta de Federico, en la cual se le daban los siguientes consejos: «que no procediese demasiado pronto á las reformas; que respetara los usos y costumbres del pueblo; que solo en un caso extremo se resolviese á hacer innovaciones, y que en las cuestiones difíciles siguiese mas bien los sentimientos y el parecer de su esposa que las sugerencias de una confianza falaz y orgullosa.» Que esta carta fuese auténtica no puede afirmarse con toda seguridad; es sin embargo tradicional la narracion que á su hallazgo atribuye la benevolencia que hácia el rey Federico se despertó en la emperatriz (11).

La impresion que produjeron los primeros actos del reinado de Pedro fué favorable á este, porque en un manifiesto, prometió gobernar segun el sistema de su antecesor Pedro el Grande. El llamamiento de gran número de desterrados, la supresion de la cancellería secreta, que procedia inquisitorialmente contra los delincuentes políticos, la rebaja en el precio de la sal (12), y la extension de los derechos de la nobleza, produjeron en pro del rey, durante los primeros tiempos de su reinado, cierta popularidad. El conde Ivan Chernysheff, que se encontraba en Viena y no tenia ocasion de observar las faltas del gobierno de Pedro, hacia grandes elogios, en sus cartas á Ivan Schuwallow, de la actividad legislativa del emperador, la cual en su concepto á mas de ser provechosa era testimonio evidente de la bondad de corazon de Pedro III (13). Decíase que en los círculos militares reinaba cierto contento porque, despues de tantos reinados de mujeres, por fin ocupaba el trono un hombre (14). El mismo Pedro se creyó amado y popular. Stahlin refiere que, en los primeros tiempos de su reinado, dió muestras de cierta atencion, dedicándose con atencion á los negocios, pero que pronto se limitó á exterioridades que se avenian perfecta-

(1) *Russkaja Starina*, I, 201.

(2) De la Marche, pág. 121.

(3) *Russkaja Starina*, I, 226.

(4) *Memorias de un noble sueco*, 1788, pág. 263-264.

(5) La princesa Daschkaw que refiere este episodio (I, 51) usa en inglés la palabra *a fool*, haciendo notar que la palabra rusa *durá* tiene un sentido mas denigrante.

(6) La Daschkaw refiere que Pedro castigó con la pena de arresto á Stroganoff por haber entretenido á la emperatriz con una conversacion animada.

(7) Véase la notable *Historia de Pedro III*, Leipzig, 1873, pág. 235.

(8) Relacion del príncipe Sergio Micalowitz Golitzyn, cuyo padre hubo de ser el aludido mediador. *Archivo ruso*, 1869, pág. 642.

(9) Entre las anécdotas que refiere el mencionado joven Golitzyn, cuenta que Pedro prohibió á la emperatriz que tomara rapé, envidioso por haberla visto, una vez, hacer sentar á su lado al padre del narrador y pedirle un polvo de tabaco. *Archivo ruso*.

(10) *Memorias*, pág. 274. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 98.

(11) En la coleccion de las cartas que mediaron entre Pedro y Federico y que se continúa en el tomo III de la *Russkaja Starina* faltan algunas dirigidas por el último al primero.

(12) Véanse las anécdotas acerca de los frívolos motivos que produjeron esta reforma en la narracion de Szczerbatoff, *La decadencia de las costumbres*. *Russkaja Starina*, II, 674.

(13) *Archivo ruso*, 1869, pág. 1822.

(14) De la Marche, 2. Lo propio escribia Pedro á Federico. *Russkaja Starina*, III, 307.